

*Cum Christus apparuerit . . .*¹ Entre tanto ya gustáis las delicias anticipadas del paraíso en el dulce ejercicio de la contemplación, en los deliquios del amor divino, en las obras de caridad y hasta en los rigores de la mortificación y en el sacrificio de vuestra propia voluntad. Desde el fondo de vuestro retiro pedid al Esposo de vuestras almas lo que fué el anhelo de vuestra santa Madre, la conversión de los pecadores, la vuelta de los herejes al gremio de la verdadera Iglesia, la conservación floreciente de la fe en los países católicos y finalmente la prosperidad del Vicario de Cristo, del clero y del pueblo cristiano.

¡Teresa de Jesús, objeto de nuestra devoción, modelo de nuestra vida, apoyo de nuestra esperanza! alcánzanos á todos la gracia de imitarte en vida y de participar de tu gloria ante el trono de Dios y del Cordero. Así sea.

De la Virgen Santa Gertrudis la Magna.

(Predicado en la villa de Envigado, Colombia, 1888.)

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum
faciemus.

Io. 14, 23.

1. Al presentarme por vez primera ante vosotros, católicos habitantes de esta villa, para tomar parte en vuestra gran festividad patronal, permitidme que os exprese y manifieste, con la sinceridad que cumple á mi carácter, las gratas y dulces impresiones que he experimentado al sólo acercarme á esta simpática, culta y piadosa población, una de las más importantes del hermoso cañón de Medellín. ¡Qué belleza de paisaje, tan justamente admirado del extranjero que cruza vuestros valles, contemplando á cada

¹ Col. 3, 4.

paso las magnificencias de una naturaleza pródiga de maravillas! Pero si tan risueño es el aspecto físico que presenta vuestro suelo, ¿cuánto más hermoso es el cuadro que ofrece la situación religiosa y moral de un pueblo que, así por los lazos de la sangre como por los de la caridad, no es más que una grande y numerosa familia, cuya sencillez patriarcal de costumbres, laboriosidad y piedad acreditada en los monumentos del culto, son bien conocidos y celebrados en el Departamento de Antioquia y aun en toda la República? ¿Cómo no ha de impresionar favorablemente al que os visita la vista de ese hermoso y magnífico templo, uno de los mejores del país, levantado con el sudor de vuestras frentes, decorado con preciosos altares y artísticas imágenes, entre las que descuella por su belleza extraordinaria la de vuestra esclarecida Patrona, la Virgen Santa Gertrudis la Magna? ¡Ah, cristianos oyentes! Al pronunciar este nombre tan querido para vosotros como ilustre en los fastos de la Iglesia, me explico perfectamente el secreto de la felicidad de un pueblo que rebosa de contento en todas sus clases y hasta en el semblante de todos sus individuos. Como quiera que todos los bienes, en el orden natural y sobrenatural establecido por la Providencia, dimanen, como limpios y alegres arroyuelos, de la fuente del Bien sumo, mediante la intercesión de los santos, á quienes Dios ha confiado la protección de los pueblos cristianos; no puede menos de reconocerse en tan singular cúmulo de prosperidades la mano poderosa de un ser sobremanera querido del Altísimo, á cuyo benigno influjo debe esta población su bienandanza. Y ese ser privilegiado no es otro que la incomparable esposa de Jesucristo, la Virgen Santa Gertrudis, la Patrona de Envigado. Gertrudis, la más célebre entre todas las vírgenes que llevaron este nombre, la gran Santa en cuyo corazón moró Jesús como en un trono regio y delicioso, ¿qué favores no podrá alcanzar de su celestial Esposo para un pueblo que tanto

la ama y con tan fervientes cultos la festeja? Así lo creo; y bien quisiera yo que al hacer su panegírico en este día que la Iglesia le consagra, mi voz no fuese nota discordante en el gran concierto de alabanzas que le forman vuestros corazones. Ensayaré, pues, tejer su elogio, no ya para acrecentar vuestra devoción, sino para glorificar al Señor, admirando las perfecciones de esa obra maestra de sus manos.

2. La Iglesia, única competente apreciadora del mérito de los santos, nos suministra el argumento de este discurso en aquellas palabras que dirige á Jesucristo en la colecta de la Misa: *In corde beatæ Gertrudis iucundam tibi mansionem præparasti*—«Preparaste para ti una deliciosa morada en el corazón de la bienaventurada Gertrudis», conforme á la promesa hecha por el mismo Señor al que le ama: «Mi Padre y yo vendremos á él, y habitaremos en él.»¹ Veréis, pues, cómo prepara Jesús el corazón de Gertrudis para morar allí, y como hace de esa morada el lugar de sus delicias. Y ¡cuánta parte no tuvo María en esta obra de Jesús! Por eso apresurémonos á invocarla saludándola con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.

3. Al pensar, hermanos míos muy amados, en la singular prerrogativa de Gertrudis, de haber sido su corazón objeto de especialísimos cuidados por parte de Jesús para prepararse en él una mansión deliciosa, asáltame una idea altamente honrosa para nuestra Santa, y es la de que participa en esto del raro privilegio de la Virgen santísima, de haber sido preparada en alma y cuerpo por el Espíritu Santo, para ser digno tabernáculo del Verbo encarnado, como canta con admiración la Iglesia². Comprendo

¹ Io. 14, 23.

² *Spiritu Sancto cooperante præparasti*. (Ecl. in orat.)

perfectamente la enorme diferencia entre la Señora y la sierva, la Madre de Dios y la hija singularmente querida y favorecida. María había de ser templo y habitación corporal de la persona real y física del Verbo humanado; Gertrudis había de ser morada espiritual de Cristo por la caridad. Pero así y todo, ¡qué honor para la humilde Gertrudis llevar tan lejos la semejanza con la gran Madre de Dios! ¡qué dicha tan grande la de haber merecido como Ella una preparación especial para obtener la gracia de una como mística encarnación del Verbo, si no en sus entrañas, en su corazón, en su alma! ¿De cuál otra virgen, de cuál otro de los santos más ilustres ha consignado la Iglesia en su liturgia, y en lo más augusto de ella, el santo Sacrificio, que Jesús había hecho del corazón de alguno de ellos una morada de recreo: *Iucundam tibi mansionem præparasti*? Porque esta manera de hablar está indicando claramente un género de habitación especialísimo, bien distinto del modo común con que Dios habita por gracia en el alma de sus santos, una especie de *presencia real*, si me es lícito decirlo, solamente parecida á la de Jesús en la sagrada Eucaristía. Y al expresarme así, sabed, carísimos oyentes, que me fundo en comunicaciones íntimas del mismo Jesucristo con alguno de sus siervos á quien se dignó hacer confidente de su amor á Gertrudis. Con razón ha habido quien, en su entusiasmo por nuestra querida Santa, ha llegado á creer á la Virgen de Sajonia la mujer más grande y perfecta después de la incomparable María, la mujer por excelencia. Y un moderno orador sagrado no puede menos de decir: «Cuántas veces oigo pronunciar el nombre de esta heroína insigne, cuántas registro su portentosa historia, un no sé qué de grandioso y admirable arrebatada de tal modo mis potencias que, olvidado de cuántas prerrogativas brillan en las demás heroínas cristianas, me digo á mí mismo en aquellos momentos de entusiasmo: ¡He aquí la gran mujer, esposa del

Cordero!'»¹ Ciertamente que quizás de ninguna otra, con haberlas habido tan prodigiosas, ha dicho el mismo Dios cosas tan grandes, tan extraordinarias que parecerían increíbles, si no las apoyara la autoridad histórico-crítica más respetable.

4. He aquí por qué, para dar la idea más sublime de la Santa que hoy celebramos, no creo necesario acudir á otra fuente de argumentos que al pensamiento capital de este discurso resumido en las siguientes palabras de Nuestro Señor á otra eminente sierva suya que, como la Esposa de los Cantares, preguntaba á su Amado dónde podría encontrarle: *Hallarásme, díjole Jesús, en el corazón de Gertrudis*. Decidme, amados fieles: ¿qué género de virtud tan excelente, qué tesoros de gracias y carismas, qué alteza de perfección moral no dan á entender estas palabras salidas de la boca de Dios? Convengo en que, mirada por este aspecto la santidad de Gertrudis, más bien parece la obra maravillosa del divino Artífice que se ha complacido en modelar un ideal de santidad, que no el resultado del esfuerzo propio de una criatura que labra en sí misma con el martillo del vencimiento heroico la imagen acabada del Santo de los santos. Pero ¿acaso disminuye por esto y se rebaja el mérito de la obra cuya belleza admiramos? De un modo ú otro, por caminos ordinarios ó vías extraordinarias ¿no resultan hechuras de Dios todos los santos? *Mirabilis Deus in sanctis suis*². ¿No es siempre Dios el que en todos ellos se nos ofrece admirable? Así lo reconocen todos ellos con el apóstol San Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum* — «Todo lo que soy, lo soy por la gracia de Dios.»³ Por otra parte, bien considerada la virtud humana, el resultado de la energía varonil, ¿tiene acaso otro valor que el relativo? ¿No hay otra virtud de carácter absoluto, de más subidos quilates, que no es fruto del

¹ Troncoso, Disc. de Santa Gertrudis.

² Ps. 67, 36.

³ 1 Cor. 15, 10.

vencimiento porque no hay nada que vencer en una naturaleza perfecta? ¿No es de esta condición la virtud de María Santísima, copia la más acabada de la virtud ó perfección de Dios? No pretendo por esto — y me apresuro á declararlo, para que no se crea que me ciega la admiración que profeso á nuestra Santa — que la virtud de Gertrudis, criatura humana, no haya tenido el carácter de magnífica victoria obtenida en constantes luchas, multiplicadas hasta lo infinito en una carrera de setenta años de vida y de vida racional y sobrenatural. No tardaremos en verla triunfar desde la edad más tierna hasta la última vejez de todos los enemigos de la gracia en el débil corazón humano. Pero entre tanto me complazco en descubrir y contemplar en esa perfección casi inimitable los primores de una mano superior que la pule y abrillanta. Parece ver á Dios mismo regalándose en su obra primorosa, como el venturoso artista que ha rayado en los confines del ideal, y exclamando, como en el día de la creación: «¡Qué bella obra! ¡qué perfecta y acabada!» — *Vidit Deus quod esset bonum*¹.

5. En efecto, ved cómo Dios empieza á preparar el corazón de Gertrudis desde el mismo instante en que le dió el ser, adornándolo con las dotes más preciosas en el orden de la naturaleza: una inteligencia privilegiada y un nobilísimo corazón. Que si quisiéramos hacer mención, para gloria del Criador, de aquellas prendas naturales que el ojo del hombre más estima y que en realidad valen infinitamente menos, podríamos asegurar bajo la fe de sus biógrafos que con Gertrudis «nació una de las más agraciadas criaturas que conoció su edad, en todo perfectísima, como fabricada por las manos del Altísimo para esposa suya.» ¿Qué esfuerzos del arte cristiano bastarán á expresar en el lienzo ó en el leño aquella peregrina hermosura? De

¹ Gen. 1, 10.

su pronta y vivaz inteligencia dan claro testimonio los brillantes progresos hechos por nuestra heroína en los ramos de la literatura sagrada y profana: de las dotes de su corazón, realzadas por la gracia, son prueba incontestable las acciones de toda su vida. Pero nada es todo esto en comparación de los dones sobrenaturales que recibió Gertrudis desde la cuna. Su primera mirada en la pila bautismal fué á una imagen del Salvador que pendía del altar, mirada amorosa, reflexiva, que á manera de dardo fué á herir el corazón de su Amado. «Desde su niñez», dijo el Señor á una sierva suya, «la traje en mis brazos, y le di fuerzas para hacer obras heroicas de virtud.» ¿Quién no admira este prodigio? ¡Hacer obras heroicas de virtud en la niñez! Heroicas fueron, en efecto, las que desde aquella edad resplandecieron en Gertrudis, descollando entre todas, según consta de una revelación del cielo, su pureza de lirio inmaculado, su generosidad de espíritu y su profundísima humildad. Detengámonos por un momento á contemplarlas y aspirar su perfume celestial.

6. Su castidad virginal fué de ángel más que de humana criatura. Si tal no fuera, ¿cómo la hubiera llamado el Esposo divino «su esposa, su cándida paloma, su azucena», Él que se apacienta entre los lirios?¹ No descubriréis, pues, en esta purísima virgen, un lunar que la afee, una sombra de mancha que empañe su candor, una acción menos compuesta, una mirada que no fuese tan pura como el agua de fuente cristalina; pues tal era su pureza que no sólo robaba el corazón de Dios, sino que derramaba efluvios de inocencia en cuantos tenían la dicha de rodearla. Sus mismas alhajas y modestísimos vestidos eran antídotos contra los halagos de la carne. Guarda fiel y vigilante de este delicioso huerto fué siempre la mortificación de los sentidos en que fué extremadísima la esposa de Cristo cru-

¹ Cant. 2, 16.

cificado. Dotada de un alma de artista, evitó con el mayor cuidado cuanto pudiera impresionar su fantasía con imágenes seductoras para el corazón de la mujer. Sus ojos no se fijaron jamás en rostro de varón. ¿Qué diré de la mortificación interior del afecto? «Los afectos», dice San Agustín, «son los pies con que el alma camina»; pero ¿acaso el alma de Gertrudis caminaba por la tierra, estando siempre encumbrada en las alturas de la Divinidad? Afable y benigna con toda clase de personas, jamás se impuso cadenas de afición á las criaturas que pudiesen aprisionar su espíritu, libre, como el águila real para volar á su Dios en los espacios celestiales. Pero ¿qué criatura podía interesar á un alma que desde los primeros albores de la razón, y, como dice un orador, aun entre las fajas de la infancia, buscaba ya por todas partes á su único Amado, clamando en pos de él con voz sentida y tierna: «¿En dónde te hallaré, oh Esposo castísimo de mi corazón? ¡Tuyos son, Jesús amabilísimo, todos mis afectos; á ti solo pertenece todo mi ser!»

7. Alma tan pura no podía menos de ser generosa para con su Dios. Apenas oye á la edad de cinco años la voz de su Amado que la llama al huerto de la religión con aquel dulcísimo reclamo: «Ven á mi huerto, esposa, hermana mía»¹, cuando corre á sepultarse en el claustro, á la sombra del gran Patriarca San Benito, en el monasterio Rodardense, y allí se entrega sin reserva á los duros ejercicios de la vida religiosa, anciana en la prudencia, tierna niña en la edad. ¡Qué sacrificios no llevaba consigo este acto heroico de consagrarse plenamente al servicio del Señor! ¿Con que así abandonaba Gertrudis la casa paterna, los cuidados de una madre, la dulce compañía de la familia, los mimos y recreos de la infancia, por no hablar de las esperanzas lisonjeras que el mundo le brindaba, de

¹ Cant. 5, 1.